

reció convencido de la legitimidad de su derecho. «Anímole, dice Orderico, á hacer valer sus legítimas pretensiones y á empuñar valerosamente las armas contra el perjuro y le envió la bandera del apóstol Pedro, prenda segura de inmunidad contra todos los peligros que pudieran amenazar á su empresa.» Tener de su parte al Papa equivalía á una victoria; pero no hubo en ello gran mérito para el duque de Normandía, ya que su proyecto llegaba en el momento preciso para secundar las miras de la Santa Sede sobre Inglaterra. Roma esperaba impacientemente un cambio de régimen en aquel país, debido esto á que desde hacía mucho tiempo los sajones no pagaban ó pagaban mal el dinero de San Pedro y á que la iglesia sajona se mostraba poco favorable al vasto plan de reforma cuya ejecución proseguía el poder romano. El primer prelado de Inglaterra, el arzobispo Stigand, había recibido el palio de un antipapa y estaba en relaciones poco cordiales con la curia; además existían resentimientos seculares entre el Papado y el clero monástico de las islas británicas, siempre separado del continente por sus ideas, por su liturgia y por sus hábitos de independencia. Los papas, por consiguiente, no se limitaron á dejar hacer, sino que por interés propio favorecieron la obra del *Conquistador*.

Para realizar su ataque escogió Guillermo el momento en que Haroldo empleaba todas sus fuerzas en rechazar á su hermano Tostig y al rey de Noruega, que habían invadido la Inglaterra por el Norte. Había reunido en la desembocadura del Dive (agosto de 1066) un ejército de normandos y aventureros procedentes de todas las provincias de Francia, que formaban un total de 14.000 jinetes y 40 ó 50.000 infantes. Al lado de los feudatarios de Normandía, mandaban los principales contingentes el conde Eustaquio de Boulogne, el duque de Bretaña, Alain Fergent, el vizconde de Thouars, Aimeri, y el turenés Godofredo de Chaumont. El hermano del bastardo, el belicoso obispo de Bayeux, Odón, había de tomar también una parte activa en la campaña. La gran dificultad consistía en mantener una disciplina rigurosa en aquel caos de mercenarios; Guillermo lo consiguió de una manera admirable. Para transportar aquel ejército creó y organizó una flotilla de más de 1.500 embarcaciones, y cuando todo estuvo dispuesto, los barcos se reunieron en Saint-Valeri del Soma. La expedición hizose á la vela el día 28 de septiembre y el 29 á las nueve de la mañana llegaba Guillermo á Pevensey. La víspera Haroldo había derrotado á los noruegos en Stamfordbridge, cerca de la desembocadura del Humber; pero amenazado en el otro extremo de su reino, el vencedor salió al encuentro de los invasores, á quienes avistó cerca de Hastings. Sin embargo, «no atreviéndose á atacar en terreno llano á un enemigo, en su concepto, más peligroso que el rey de Noruega,» atrincheró fuertemente en la colina de Senlac á sus infantes armados de hachas y azagayas (13 octubre 1066).

Los sajones pasaron la noche bebiendo y aullando sus cantos de batalla; los normandos, soldados de la Iglesia y del papa, ayunaban, oraban y se confesaban. Los dos adversarios eran igualmente valerosos; pero aunque el ejército de Haroldo fuera algo más numeroso, la caballería de Guillermo podía inclinar la balanza del lado de los normandos. El duque de Normandía había dividido su ejército en tres cuerpos: en el ala de-

recha sus tropas de mercenarios picardos y franceses; en el ala izquierda los bretones, los maineses y los poitevinos; en el centro, mandados por él en persona, los normandos con su hermano el obispo de Bayeux y el conde de Boulogne Eustaquio. Los sajones, formados en espesas filas, habían colocado en primera fila á mercenarios bien armados que permanecían apretados unos contra otros y formando con sus escudos un muro continuo, infranqueable, fortaleza animada detrás de la cual difícilmente podía ser alcanzado Haroldo.

Al ser de día, los jinetes normandos, formados en cuña, escalaron la montaña y se lanzaron contra aquella formidable muralla de infantería; mas fué vano su empeño por romperla y se vieron obligados á retirarse. Guillermo recurrió entonces á una astucia infantil, simulando una retirada, visto lo cual por los ingleses, rompieron ellos mismos su línea y emprendieron la persecución de los supuestos fugitivos. En aquel momento, Eustaquio de Boulogne, á una orden del duque, arrojó sobre ellos con su reserva y los sorprendió en desorden; los arqueros normandos, con una descarga general de flechas, sembraron heridas y muerte en las desorganizadas filas enemigas, trabándose una lucha terrible alrededor de Haroldo, quien se batió desesperadamente, pereciendo al fin con sus hermanos y con casi toda la familia real, y quedando el ejército sajón aniquilado.

Guillermo, vencedor desde el primer combate, desbarazado de su rival y de su familia, tuvo buen cuidado de completar inmediatamente su victoria, haciéndose consagrar en Westminster delante de los estupefactos ciudadanos de Londres.

A la gran batalla y á la coronación siguió muy luego la sumisión de la población indígena. La rapidez con que la dominación extranjera se encontró extendida y consolidada en la mayor parte del territorio, no sólo se explica por el estado interior de Inglaterra, en donde únicamente las instituciones locales eran fuertes y en donde el pueblo estaba de antiguo acostumbrado á aceptar reyes de todas procedencias, sino que además fué efecto del sentimiento religioso, favorable á Guillermo y á la conquista. Un éxito tan decisivo como el de Hastings había sido considerado en ambos lados de la Mancha como un verdadero juicio de Dios: no era el papa solamente, era el mismo cielo el que proclamaba la legitimidad de las pretensiones del normando.

No faltaron, sin embargo, resistencias y rebeliones; las operaciones militares prolongáronse aún por espacio de nueve años (1067-1076), y fué preciso, para poner fin á tal estado de cosas, que Guillermo sitiara y tomara á Exeter, asolara el Northumberland, rechazara la invasión del rey de Escocia Malcom II, persiguiera á los hermanos de Haroldo, Edwin y Morcker, hasta los pantanos que rodean el estuario de Wash (1067-1072) y ordenara, por último, la ejecución de Waltheof, hijo de Seward *el Nortumbrio*, asociado por un esfuerzo supremo con los condes de Hereford y de Norfolk (1076).

Sorprende, á pesar de todo, que la oposición de los vencidos no fuera más general, más viva, más tenaz. Pocos meses después de la jornada de Hastings, Guillermo se creyó tan en absoluto señor de aquel reino, que creyó posible abandonar la conquista para regresar

á Normandía á gozar de su triunfo. La lucha intermitente que hubo de sostener contra los sajones no demuestra que éstos obraran de común acuerdo para conservar su independencia. De las varias rebeliones que estallaron, unas fueron motivadas por el gobierno opresor y torpe de los lugartenientes delegados por Guillermo durante sus viajes por el continente; otras por el interés y por los odios de ciertos jefes indígenas cuya acción quedó siempre limitada; y otras, finalmente, por el particularismo urbano ó regional que habría indudablemente dejado sentir sus efectos bajo cualquiera especie de dinastía. La revolución de Exeter fué ante todo una tentativa de independencia municipal, y en cuanto al Northumberland, esta región extrema de Inglaterra jamás había estado sometida por completo á los con-

de censura, citando Orderico Vital al soldado Guiberto y á Guimond, abate de Saint-Leuffroy, cuya conciencia delicada les hizo rechazar los despojos de los isleños; pero estos ejemplos tuvieron pocos imitadores. Desconfiemos de este historiador cuando nos representa á Guillermo en la agonía confesando sus injusticias y diciendo á los que le rodean: «No por derecho hereditario he poseído el trono inglés, sino que se lo arrebaté al perjuro Haroldo después de un cruel combate y de una grande efusión de sangre humana. He odiado más de lo que convenía á los habitantes naturales de ese reino; he vejado cruelmente á los nobles y al pueblo, he heredado injustamente á muchos de ellos y son innumerables aquellos á quienes he hecho perecer por el hambre y por el hierro.» El conquistador no pudo ha-



Preparativos para la expedición marítima de los normandos. (Fragmento del tapiz de Bayeux.)

quistadores del Sur, ni siquiera en tiempo de los reyes sajones. Hubo contra Guillermo sublevaciones parciales, pero no una verdadera «resistencia nacional.»

En Normandía la conquista fué acogida con entusiasmo, porque de ella salía beneficiada en grados diversos toda la población del ducado. Los nobles, los obispos, los clérigos, hasta los soldados del ejército expedicionario encontrábanse ligados á Guillermo por la parte que cada cual había tomado en el botín; y aun aquellos que no estuvieron directamente interesados en la empresa, agradecieron á su duque la gloria que había alcanzado para Normandía. Gilberto, obispo de Evreux, al pronunciar la oración fúnebre del *Conquistador*, ensalzó sobre todo «por haber extendido valerosamente el poderío normando y por haber elevado á su nación á una altura adonde no había podido colocarla ninguno de sus predecesores.»

Guillermo no omitió nada para dar á sus compatriotas una idea elevada de su victoria; las iglesias normandas que habían orado por el buen éxito de la expedición recibieron su parte del botín, y cuando el triunfador regresó al suelo natal en 1067, el pueblo en masa acudió á saludarle. A los que así le festejaban prodigóles el duque los presentes sacados del tesoro de los reyes ingleses: telas bordadas, jarros de oro y de plata, cruces adornadas con piedras preciosas. La ostentación de tales riquezas bastaba para conquistarle la opinión: «A la vista de tantas magnificencias, dice el cronista Guillermo de Poitiers, el pueblo confesó que no conocía nada parecido y que en comparación con aquel lujo todo cuanto había visto antes era mezquino.»

Hubo ciertamente algunas disidencias, algunas notas

blar en público de este modo: ¿acaso no acometió, bajo la bandera del papa, una empresa bendecida por Dios?

Sin embargo, la conciencia de ciertos soldados se alarmó ante las violencias cometidas y la sangre derramada, pidiendo esos hombres á los obispos de Normandía los medios para ponerse en regla con la estricta moral. Los obispos contestaron con las resoluciones siguientes: «Los que saben el número de individuos que han matado deberán hacer por cada uno de ellos cuarenta días de penitencia; los que ignoren el número de muertos harán penitencia un día por semana durante toda su vida, á menos de que prefieran eximirse por medio de limosnas hechas á las iglesias. Estas disposiciones han de aplicarse especialmente á los soldados que se diseminaron por el territorio para asesinar y saquear. Los que hayan hecho uso de sus armas en batalla formal harán penitencia durante tres años solamente.» Las buenas obras servían entonces para expiar las mayores matanzas, y ya cumplida la penitencia, los conquistadores de Inglaterra pudieron disfrutar tranquilamente de los bienes que debían á la liberalidad de su jefe.

El trastorno no fué, sin embargo, para los vencidos tan general y profundo como han pretendido ciertos historiadores (1). La mayoría de los propietarios conservaron la posesión de las tierras que ocupaban, pues Guillermo sólo se creyó con derecho para declarar que todo el suelo, excepción hecha de los bienes de la corona y de

(1) Los sabios ingleses que recientemente han estudiado los resultados materiales de la conquista no están en este punto de acuerdo con Thierry. El ilustre autor de la *Histoire de la Conquête de l'Angleterre par les Normands* ha exagerado indudablemente ó comprendido mal una porción de hechos esenciales.

la Iglesia, estaba sujeto á la confiscación, y obligó á los antiguos detentadores á recibir de sus manos y «á título de donación» sus propiedades ó á rescatarlas mediante el pago de una pensión. A los sajones les fueron arrebatados los empleos elevados y los grandes señoríos. El mismo duque se quedó con una porción de extensas heredades, con las fortalezas y con los bosques, y en 1085 encargó á sus agentes que formaran un censo general del estado y del valor de las propiedades territoriales del reino. Los resultados de aquella información, obra extraordinaria y única en aquel período de la Edad media, fueron consignados en el *Domesday Book*, «gran libro del juicio final;» pero ese documento famoso, durante mucho tiempo considerado como instrumento oficial de la expropiación de todo un pueblo, no distingue entre vencedores y vencidos, entre normandos é ingleses; para él no hay más que propietarios sin distinción de razas, y si sanciona multitud de expulsiones, anula también algunas é impide que se consumen otras nuevas. Al fijar el estado de la tierra asegura el porvenir de los sajones á quienes el *Conquistador* dejaba el disfrute de su patrimonio. Aquel censo obedeció más bien á una idea de apaciguamiento, y Guillermo, excelente financiero, encontró además en él una base sólida de reparto para el establecimiento de los impuestos.

Que el *Domesday Book* no era un arma de guerra dirigida contra la población indígena, lo demuestra el hecho de que los descontentos provocados por la distribución de las tierras estallaron en una época anterior á su aparición y sobre todo entre los normandos.

Estos exigían que todas sus usurpaciones fueran ratificadas por el soberano; la desposesión absoluta de la nación sajona, la declaración de que ésta estaba fuera de la ley y de la tierra, eran, al parecer, para los caballeros del ejército invasor, la consecuencia natural de la victoria en común alcanzada. Su ideal era el despojo total, así de los bienes muebles como de los inmuebles, lo que había acontecido en Normandía (así se creía, por lo menos) cuando de ella se apoderaron Rollón y sus piratas. Pero Guillermo, demasiado hábil para no ver que en tales condiciones era imposible fundar una dominación estable, no debía consentir sino en una expropiación parcial, dirigida principalmente contra la nobleza que había apoyado á Haroldo. De aquí las esperanzas fallidas, los apetitos no satisfechos. Algunos normandos llevaron su rencor hasta el punto de abandonar el servicio de su soberano y de retirarse al Norte del Tweed, en donde se encontraron con las partidas poco temibles de los sajones fugitivos que á la sumisión habían preferido el destierro.

El duque de Normandía, convertido en rey, no se contentó con una supremacía parecida á la que el Capeto ejercía tímidamente al otro lado de la Mancha.

Conservó, por fórmula, la mayoría de las instituciones sajonas. La realeza que acababa de destruir, aunque centralizada en cierto modo, tenía sólo un poder limitado; el pueblo sajón intervenía en la vida política con sus asambleas de condados y de centenas; los magnates del orden laico y eclesiástico constituían la asamblea general (ó witenagemot) que servía de consejo supremo al rey y le imponía á veces sus decisiones. Guillermo sobrepuso á estos organismos de gobierno la soberanía feudal, tal como se entendía en Normandía,

en donde á todos los vasallos se les exigían directamente el homenaje y el servicio, y mantuvo después de la conquista entre sus feudatarios y él la relación de jefe á soldados. En los condados, los oficiales reales, los *sheriffs*, dependientes en alto grado del soberano, acumulaban, como en Normandía, los poderes públicos, judiciales y financieros. Guillermo no fué como rey lo que era como duque: en aquel país sojuzgado, en donde resultaba ser el mayor propietario y el único señor de los puntos fortificados, estableció un Estado bien ordenado, más fuerte desde el primer día de lo que será en Francia dos siglos después el gobierno capeto; hizo desaparecer lo más peligroso que había en la organización de la monarquía sajona, el «ealdormanato,» es decir, el feudalismo de los grandes condes; y por último, demostró su firme voluntad de mantener en el reino una paz rigurosa, de proteger á los débiles y de garantizar la seguridad á los pequeños propietarios, á los agricultores y á los comerciantes. La monarquía de aquel barón estaba hecha visiblemente para combatir la anarquía feudal; se comprende, por consiguiente, que la aristocracia normanda se mostrara resistente.

A partir del año 1075 las dificultades surgieron, no de parte de los indígenas, á quienes la paz hacía olvidar la independencia, sino de los compatriotas del conquistador, de aquellos á quienes había éste conducido á la victoria y colmado de liberalidades.

Ningún fundador de imperio se ha visto nunca peor secundado por sus más allegados. Su hermano uterino, Odón, obispo de Bayeux, soldado brutal, ávido de dominación y de placeres, le reemplazaba en Inglaterra cuando se veía obligado á pasar el estrecho para arreglar los asuntos de Normandía; los excesos de poder y las torpezas de aquel extraño regente provocaron revueltas que no sin trabajo reprimió Guillermo. En 1085, en el momento en que Odón reunía un ejército para realizar una expedición á Italia y apoderarse de la tiara pontificia que un adivino le prometiera, Guillermo, temeroso sin duda de algún complot, convocó una asamblea general, y en ella, sin prevenir á nadie, pronunció contra su hermano la más violenta requisitoria, terminando su peroración con esta orden inesperada: «Prended, pues, á ese hombre que perturba el país y guardadlo cuidadosamente para impedirle causar aún mayores males.» ¡Poner la mano sobre el hermano del rey, sobre un obispo! Nadie se movió; en vista de lo cual le prendió el propio Guillermo. Odón protestó y gritó: «¡Soy sacerdote y ministro del Señor y no puede condenarse á un obispo sin sentencia del papa!» A lo que Guillermo replicó al punto con esta distinción verdaderamente normanda: «No condeno al sacerdote ni al prelado, sino al conde que depende de mí y á quien he nombrado lugarteniente de mis Estados. Y le prendo porque quiero que me dé cuentas del gobierno que le he confiado.» Conducido á Normandía y encerrado en la torre de Ruán, Odón permaneció en ella cuatro años, hasta la muerte del rey.

Después de su hermano, el mayor enemigo que tuvo Guillermo fué su hijo primogénito, Roberto *Courte-Heuse* (muslo corto), joven pródigo é incapaz, de quien volveremos á ocuparnos más adelante y á quien el rey no quiso ceder en vida la más pequeña parte de su autoridad y de su patrimonio. Roberto exigía que se le

diera cuando menos el gobierno de Normandía, dando esto lugar á terribles escenas entre el hijo y el padre: «¿Qué haré, pues, dijo un día Roberto á Guillermo, y qué daré á los que me sirven con lealtad?—Te proporcionaré lo necesario, respondióle Guillermo, mientras seas un hijo sumiso.—No quiero estar á sueldo tuyo, replicó bruscamente el joven, y no he venido aquí para recibir lecciones de moral; bastante hartó y hasta asqueado estoy de las que me dieron mis preceptores.» Al fin Roberto embarcóse para el continente, en donde fué acogido por el rey de Francia: allí vivió al día, pidiendo prestadas cantidades que no devolvía, y fué el alma de todos los complots y el instrumento de todos los ataques dirigidos contra el soberano.

que el rey que tanto debía á la Santa Sede se negaba á manifestarse por una declaración solemne vasallo de la Iglesia romana (1078), mientras vivió Guillermo no se alteró seriamente jamás la unión necesaria entre el Papado y la nueva monarquía.

En resumen, la conquista de Inglaterra, hecho trascendental en la historia de la civilización del viejo continente, puso fin á las invasiones danesas y reconquistaba para siempre la gran isla del Oeste para el sistema político y religioso de la Europa cristiana. Guillermo será la expresión viviente de aquella nobleza feudal del siglo XI que, al extenderse por todo el Occidente, demostró ser algo más que la fuerza ciega. Nuestros caballeros sabían unir, en caso necesario, á la gloria de con-



Embarque de Guillermo el *Conquistador* y de sus caballeros. (Fragmento del tapiz de Bayeux.)

Guillermo encontró su verdadero punto de apoyo en la Iglesia, que estaba representada á su lado por el italiano Lanfranc, su único amigo y tal vez el único consejero que gozó de su confianza. Lanfranc reemplazó á Stigand en el arzobispado de Cantorbery, viéndose, por consiguiente, investido del supremo poder eclesiástico sobre todo el país conquistado, y como era á la vez el hombre del rey y el del papa, pudo llevar á cabo sus ideas de reforma religiosa sin dejar de servir á los más altos intereses de la realeza. El clero anglo-sajón, ignorante, grosero, inmoral, impropio para llenar la misión espiritual que le estaba encomendada, parecióle incorregible, y por esto puso en su lugar al clero normando, que, en conjunto, valía más. Quería cambiar las costumbres, propagar la instrucción por medio de las escuelas, hacer que sobre el clero secular predominaran los monjes y romper con las tradiciones de independencia de la Iglesia anglicana sometiéndola al Pontificado, y para llevar á cima tamaña empresa hubo de ejercer violentamente sus derechos de primado, y sobre todo hubo de permanecer en perfecta comunión de sentimientos y de ideas con el *Conquistador*. De aquí que para obrar como dueño y señor en el terreno religioso no vaciló en secundar los planes políticos de Guillermo y en convertir al fraile y al sacerdote, en Inglaterra, en servidores sometidos al monarca. La corte de Roma, comprendiendo la unión íntima que entre sus intereses y los de aquél existía, le ayudó poderosamente, y si bien Gregorio VII sintió cierto despecho al ver

quistar la gloria de organizar la conquista y de fundar un gobierno; pero quizá no habrían obtenido el éxito que alcanzaron si la Iglesia no hubiese colaborado en su obra. Patrocinado por el papa, aconsejado y sostenido por el episcopado, el duque de Normandía pudo mejor que nadie darse cuenta de la inmensidad del servicio que le había prestado el clero: al poder de la espada habíase asociado la fuerza moral y religiosa que en aquel entonces dominaba las almas y se proponía ya, por añadidura, dominar los poderes sociales. En Francia, como en todas partes, la aristocracia guerrera se agita, pero quien la dirige es la Iglesia.

CAPÍTULO IV

LA IGLESIA

I. Los obispos.—II. El clero monástico y su conflicto con el episcopado.—III. Cluni.—IV. La paz y la tregua de Dios.—V. La caballería.

I.—Los obispos (1)

La historia de la Iglesia francesa en los comienzos del siglo XI es sobre todo la del episcopado, órgano esencial del sacerdocio, resorte principal del gobierno cristiano. Pero los obispos no tienen ya el mismo poder

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Imbart de la Tour, *Les Élections épiscopales dans l'Église de France, du IX^e au XII^e siècles*